

Delu

Nos miramos, rosas y delicados por el oxígeno.

¿Tienes miedo?

¡Sí!

Estuvimos juntos durante seis años después de aquello.

Trabajábamos en la fábrica: Eos Factory. Nos conocimos a los dieciocho, la primera semana en el trabajo, habíamos dejado colegios distintos, y a trabajar. La mayoría de habitantes de la isla trabajaba allí, o en algún otro lugar vinculado a ella. Era nuestra industria, nuestro mundo.

Por aquel entonces, Delu se burlaba al pensar en quienes querían abandonar la isla, aunque cinco años después, Delu abandonó la isla.

Nuestros ojos se habían encontrado durante la iniciación, mientras el capataz chillaba por encima del ruido del mineral, que también chillaba a medida que iba sucumbiendo a los procesos a los que lo sometían, chillaba crujiendo, quizás antes de hacerse pedazos, quizás antes de estallar bajo la presión.

Pero esto no debería suceder nunca, gritó el capataz. Y mientras aquello no sucedía, Delu sostenía la mirada sobre mí, y sentí el mineral crujiendo retorciéndose entre mis piernas.

Cuando se funde, el mineral no es ni sólido ni líquido. Cuando es más sólido es más rígido, más frágil.

No puede aprender a golpes.

¿Qué tal vais? Dijo el capataz. Listos para comer.

Aquel primer día nos quedamos atrás, nos quitamos los petos limpios, aún almidonados después de haberlos lucido un solo día, de un vistazo acordamos quitarnos también la ropa interior. Volvimos a meternos en la primera sala y nos tumbamos sobre el suelo frío de piedra de la fábrica.

Esto funciona así, explicó el capataz, *para empezar no os liaré mucho*, y los ojos se me apagaron, me acordé de él o de alguien como él contándonos lo mismo en una visita escolar. Todos los estudiantes de cada uno de los colegios de la isla visitaban la fábrica, al igual que todos los recién nacidos recibían una camiseta del equipo de fútbol.

Años después le pregunté al capataz, Gil, si había sido él quien guiaba a los niños en aquellas visitas. *Probablemente fue mi padre, de hecho*, respondió.

Estiró el mineral del tanque, tal y como lo habría hecho su padre, en una tira tan limpia y clara como el son de una flauta, grueso y viscoso. Iridiscente y con textura de miel.

Piénsalo como si se tratara de un diálogo con el material, una negociación. El mineral no va a querer adoptar necesariamente todas las formas que nosotros queremos que adopte.

Lo cortó con unas tijeras y al tiempo se volvió elegante. Frágil y rígido y transparente.

Ahora lo dejamos aquí, en estos ganchos. Ganchos que no parecían más complejos que unas perchas dobladas para cumplir una función. Y de hecho los primeros pescadores habían fabricado sus propios ganchos cuando empezaron a experimentar con el mineral.

A menudo daba vueltas, en el trabajo, mientras estirábamos el mineral, a lo que debió haber provocado que las primeras personas lo hicieran, quién habría intentado forjar el primer gancho, quién se comió la primera seta, quién se preguntó si los gusanos del robín iban a reforzar el mineral aportándole flexibilidad, fuerza de tensión y rigidez, o módulo de elasticidad (como se decía arriba, en Investigación), como las de ningún otro material. Supongo que alguien que conoció a otro alguien que murió al comerse una seta.

Es tan animal, este instinto, imaginaba a nuestros antepasados explorando la isla, la nariz contra el suelo como cerdos olfateando trufas, sus culos en pompa.

Para la demostración, llevábamos unas gafas de buceo que nos permitían ver los gusanos del robín en el mineral. Notaba a Delu mirándome a través de las gafas.

Y entonces dejamos que los gusanos del robín hagan su trabajo.

A través de los lentes tintados, observamos hasta que las pequeñas formas naranja empezaron a moverse por la superficie con florituras del mineral.

Ahora vamos a dejar que estos chicos trabajen un par de horas; los de arriba, en Investigación, consideran que están intentando aparearse con el mineral.

La cabeza asintiendo hacia arriba, hacia el departamento de investigación, era un gesto al que

uno se acostumbraba al poco de empezar en la fábrica. Los de arriba, por encima de nosotros, quienes toman las decisiones que dictan lo que hacemos.

Tras dos años trabajando aquí, Delu decidió formarse para poder trabajar arriba. Por la asfixia de tener que hacer cada día lo mismo, por falta de ese amor que yo sí sentía por el ritmo de la planta de la fábrica, el tiempo que nos dejaba para soñar despiertos.

El mismo ritmo constante excepto en verano, cuando se realizaba la limpieza de la maquinaria. Puesto que Delu y yo éramos más pequeños, nos encargaron la tarea de meternos dentro, recuerdo cómo nos hacíamos cosquillas, atrapados en el procesador.

Debido al funcionamiento del proceso, los turnos iban con las mareas, trabajábamos cuando no lo hacía el mar. Íbamos a nadar cuando el mar trabajaba. O por lo menos hasta que Delu empezó en Investigación en horario de oficina, en vez de turnos.

Amé aquellos dos primeros años. Trabajar hasta el fin de semana, cuando abordábamos el pueblo con el resto de la fábrica. Directos desde la fábrica, directos después de fichar. Marchábamos en convoys, coches con banderolas que ondeaban. Nosotros íbamos en moto, yo me agarraba fuerte a Delu. *Pareces un bebé en un fular*, se burlaba Gil desde su coche, porque mi cabeza encajaba tan bien entre los omóplatos de Delu.

Al llegar al centro, bebíamos hasta vomitar y después nos besábamos y volvíamos a beber hasta vomitar de nuevo y nos besábamos otra vez. Pasados dos años, aquella rutina todavía me hacía feliz. Delu quería avanzar hacia algo más domesticado, las personas que están en una relación van por la vida con más cuidado.

Después incrementamos el nivel de oxígeno aquí, que es nuestra señal para marcharnos.

Mientras nosotros los aprendices revoloteábamos siguiendo a Gil, yo instintivamente trataba de mantenerme cerca de Delu. Nos habían dado un libro con información, creo que jamás volví a consultarlo.

La consciencia de riesgo hace que te preguntes sobre tus propios límites, dijo el capataz citando del libro, creo. *Y por supuesto también los límites del material, los límites del mineral.*

Según hablaba, aquellos que pronto serían nuestros compañeros de trabajo, individuos en petos

naranja, entraban en el espacio que habíamos abandonado y rápidamente organizaban otras estructuras minerales.

Ahora, cuando me toca colgar el mineral, no puedo estar allí sin mirar hacia el lugar donde Delu y yo nos tumbábamos, aguardando el agua. La mirada hacia arriba, hacia el sistema de circuitos cristalino del mineral, imaginando a los gusanos de robín en celo a punto de ser arrasados.

Mac dice que lo hace todo el mundo. Mac era el hermano mayor de Delu que también trabajaba en la fábrica. Nos tumbábamos allí, yo sentía que el sudor me pegaba al suelo, la espuma del mar hirviendo hacia nosotros. Renunciaba al control. Esperaba.

El miedo se aprende, dijo Delu.

El capataz movió suavemente la mano para indicar el paso del tiempo.

Entonces dejamos que entre el agua del mar. Reacciona con el gusano de robín y el oxígeno, destruye los gusanos de robín, pero ya han hecho su trabajo. Y sus cuerpos arrasados y cualquier otra porquería de la fábrica, los limpia el mar. Luego el agua se va por la puerta de atrás. Le echamos una mano, para asegurarnos que va como queremos nosotros.

Nuestros ojos se fijaron en una persiana, con la pintura descascarillada, pero las juntas de goma que aguantaban las paredes y el suelo parecían nuevas y herméticas.

Esta fábrica lleva aquí sesenta años, el agua recuerda qué debe hacer.

Añadió el capataz.

El día uno, del trabajo, de nuestra relación, de mi vida parece. Cuando el agua comenzó a rugir entre las verjas de la fábrica que iba con las mareas, Delu me miró, hizo un guiño.

Después el agua se nos llevó. El mar negro nos arrancó de la fábrica. Cual aire a través de una armónica, subimos disparados por la verja de salida hacia el ancho mar, se nos llevó junto con los productos químicos y los colores, con las esferas de mineral que aún no se había asentado balanceándose, con las diminutas carcasas evisceradas de los gusanos del robín, hacia el océano. Sentí que el cuerpo de Delu chocaba contra el mío, antes de ponerse a nadar alegremente. Batí los brazos dentro del agua, agité las piernas y empujé hacia la superficie.

La marea nos llevó más allá de las cuevas y cavernas del rostro de ese acantilado de oscuridad densa que investigaríamos con una linterna durante los siguientes años.

Me di cuenta de dónde estaba, o fui capaz de ver dónde estaba más allá del océano ondulante, cuando flotamos por delante de la base militar, la calzada aterciopelada que había al lado, la carretera desde la que muchos decidían conducir derechos al mar. Junto a ella estaba el matadero y vi gaviotas planeando por encima en el ocaso.

Tras pasar de largo por el desolladero, decidimos nadar hasta la playa, sabía que calasangre estaría tranquila, y resultó que la casa de Delu estaba cerca. Nos besamos mientras nos tambaleábamos, desnudos fuera del agua, con las extremidades viscosas por las emanaciones de la fábrica y la sangre animal.

Testasalada, me llamó Delu después de besarnos, pues sabía fuertemente a mar.

Nos arrastramos hasta la casa de Delu. El sucio asfalto nos raspaba las suelas de los pies. Comimos limones caídos por el camino de vuelta, un delicioso antídoto a nuestras gargantas escorbutadas.

Este es mi segundo sabor favorito, Delu me dijo.

¿Y cuál es el primero?

Luego te lo digo.

Aquel día, rodando por las olas, vi los faros gemelos, Testanegra y Testablanca, en cada uno de los extremos de la isla. Delu se había criado en un faro, y me contó que el mercurio que goteaba de las lámparas había vuelto locos a sus padres y les atormentó, a Mac y Delu, hasta tener que huir hacia la casa de calasangre.

Esto no era cierto, según descubrí al cabo de un par de semanas, cuando Mac me contó que sus padres se habían jubilado al continente y punto.

Pronto me mudé a vivir con Delu, Mac se marchó de casa y la teníamos entera para nosotros. Nos domesticamos, cavamos la tierra negra que rodeaba la casa para hacer un huerto, la tierra negra era azul bajo nuestras uñas al tiempo que veíamos y notábamos que el ecosistema se hundía a nuestro alrededor.

En la isla, tratamos de lidiar con las consecuencias ambientales cada vez más evidentes del

trabajo de la fábrica. La isla se estaba pudriendo de hacía tiempo, pero todo iba en constante aumento con las nuevas tecnologías. Como cuando habíamos empezado a criar gusanos del robín una década atrás: pensábamos que podíamos hacer cualquier cosa, que siempre encontraríamos una solución, algún modo de intervenir y enderezar el proceso. La isla hizo dinero. Teníamos independencia y riqueza, pero a qué precio, en qué lugar.

Hay cosas que no se pueden ver, cosas que no se pueden comer. Hay peces que no podemos comer. Y ahora hay peces que no podemos ver. La fábrica siempre ha sido abierta en cuanto al proceso, han actuado con transparencia, en tanto que nos decían qué vertían al agua y ese conocimiento nos daba el derecho a decidir.

Pero era evidente por la tierra de color de aceite de motor que los fundamentos de esa asunción estaban mal. Nivelamos el terreno que rodeaba nuestro hogar para poder cultivar alimento. Observamos cómo las hojas tiernas empujaban por emerger en ese antipaisaje.

Conquistamos la isla, exploramos cada cala y apertura que encontramos. Crujían bajo nuestros pies las piedras de los contrabandistas, molestando los huesos de aquellos que habían trapicheado con las leyes de los mercaderes que sedimentaron nuestra isla. Nadamos en ese mar mugriento, hicimos el amor en la suciedad de nuestra parcela.

Algunas noches nos tumbábamos en la playa a contemplar los faros, a contemplar la comunicación entre el agua y la tierra.

La luz te dice dónde está la tierra cuando estás en el agua. La tierra dice al agua: estoy aquí, estoy aquí, pero no te acerques más.

Cada faro tiene su frecuencia. Su propio ritmo al hablar.

El código es una luz.

La luz es un código.

Descendíamos a la playa, nadábamos hasta calasangre, la considerábamos 'nuestra' playa. El aceite de las rocas nos manchaba manos y pies, nos marcaba, les pertenecíamos. Nos amábamos como estas piedras, suaves, sólidos, sin pensar. Vivíamos en la isla, rodeados por el agua, yo permitía que el agua señalara el extremo de mis aspiraciones mientras que Delu la miraba por encima y más allá.

Al final, su puesto arriba significó que Delu pasaba más y más tiempo formándose en la península, que es como llamábamos al continente. Creo que a Delu le parecía una forma de salvar la isla, de crear nuevos instrumentos para comprenderla mejor, de controlar mejor qué ocurría; conocer es dominar, según Delu.

Bajo nuestros petos, que ya eran de colores distintos, llevábamos camisetas, Delu de tirantes, yo una de cuello redondo que siempre parecía estar manchada de los cereales del desayuno. Esa última mañana, Delu me sonrió, me arregló el cuello del peto y me dio un beso en la mejilla, se subió a un avión. Habíamos llorado un poco. Yo me fui a la fábrica en bus, Delu me había enseñado a conducir la moto pero yo quería conservarla como algo especial, de los dos. No creo que Delu lo hubiese sentido igual.

Continué trabajando en la planta de la fábrica. Disponiendo el mineral, o en la granja de gusanos de robín o en los tanques de oxígeno. A lo largo del día, caminaba tentativamente, todos lo hacían, habíamos aprendido a caminar diferente cuando el mineral ya estaba dispuesto, más conscientes de nuestros cuerpos y de los cuerpos de los demás, en aquel gran espacio. Caminar de ese modo todos los días significaba recorrer de puntillas cual bailarines por el resto de nuestras vidas.

Al teléfono, Delu y yo bajábamos bailando por las rocas rosadas de calasangre y hasta el lado del continente. Rompimos en una de aquellas llamadas, el fétido mar lamiéndome los dedos de los pies.

Delu me escribió una vez, tras romper, un mensaje sencillo, lacónico y sentimental al mismo tiempo.

Cuando más te añoro es al pensar en estas tres cosas:

Los vegetales

La fábrica

El mar

Eres más vulnerable en medio del mar. Es otra materia, otra forma de vida. Yo hacía aguas por completo después que Delu se marchara. Pasaba largos ratos en solitario, sentía paranoia, sentía como si de repente todos en la fábrica me estuvieran observando. Yo no podía mirar hacia fuera, y por ello miraba hacia adentro. Cuando ya no esté en los pensamientos de Delu seré libre por fin, pensaba.

Igual que las hay en la isla, en la vida también hay dos carreteras, dijo Delu.

¿Tal vez al final vayan a parar al mismo lugar? Pregunté.

Tal vez la realidad no es coherente con tus sentimientos

La muerte es estarse quieto, dijo Delu.

Hay que ser siempre líquido en el trabajo de tu vida, dijo Delu.

Hoy al terminar el turno me he quitado el peto, me he desvestido de la ropa interior, he decidido ofrecer mi frágil cuerpo a los accidentes y el cuidado del océano.

Vuelvo a tumbarme al suelo bajo los gusanos del robín enamorados, los pezones duros y los pelos de mis brazos contorsionándose con el polvo del suelo de la fábrica, esperando a ser movidos.

Esperando al mar que canta.

El líquido rugiendo hacia el interior de mi cabeza.

Que se me lleve adónde vaya. Yo no quiero abandonar este lugar.

Michael Lawton